



Cuadernos de Ilustración y Romanticismo

Revista Digital del Grupo de Estudios del Siglo XVIII

Universidad de Cádiz / ISSN: 2173-0687

nº 20 (2014)

Antonio CALVO MATURANA (2013), *Cuando manden los que obedecen. La clase política e intelectual de la España preliberal (1780-1808)*, Madrid, Marcial Pons Historia, 312 pp.



Esta monografía corresponde a una parte de la tesis doctoral de Antonio Calvo Maturana, un historiador joven especializado en el periodo de transición entre la historia moderna y la contemporánea, y con una encomiable trayectoria de publicaciones que ha de dar muchos frutos más, si la crisis y la universidad no la malogran como hacen tan a menudo en este ciclótico sistema de investigación español.

Estamos ante un estudio de las élites políticas e intelectuales (entonces eran casi la misma cosa) de tiempos de Carlos IV, dividido en tres capítulos: «Al servicio del Rey», «Al servicio de la patria» y «La identidad de una clase política». Su propósito declarado es el de «reflejar la identidad y política de un grupo tan heterogéneo que incluye a miembros de la administración, del ejército y de la Iglesia en sus estratos altos y medianos» (p. 14). La hipótesis es que esa clase experimenta en esos años una mutación en la idea de servicio y la conciencia de su papel, fomentada por la corona en su beneficio. «Esta renovación no buscaba únicamente la supervivencia del absolutismo, sino mejorar la efectividad de sus mensajes» (pp. 14-15), pero acabaría anticipando parte de lo que luego constituiría el liberalismo. En efecto, el aparato administrativo que los reyes crearon para engrandecer su poder mediante servidores fieles solo a ellos, conforme se hace más grande e impersonal, desplaza al monarca

a un margen simbólico y el Estado gana conciencia de sí y autonomía, mediante la multiplicación de sus jerarquías interiores, su profesionalización y sus privilegios y regulaciones. Llegados a ese punto, es fácil que la idea de servicio se transfiera del rey a la nación. «El Estado liberal no surgió de la nada, y no tendría sentido negar unos antecedentes. En esta línea, insisto en mi certeza de que en la España de Carlos IV hay unos visos de modernidad que no siempre se tienen en cuenta» (p. 22).

El mayor interés de este estudio, a mi juicio, es que contribuye mucho a articular el eslabón intermedio entre la pura construcción conceptual del absolutismo y el revolucionario conjunto de rupturas que supondrá el liberalismo. Bajo el último rey del XVIII, y aun desde tiempo atrás, se habría generalizado «la dieciochesca imagen del rey patriota a la cabeza de una paradójica nación de súbditos o de ciudadanos sin soberanía» (p. 15). El vocabulario conceptual de los doceañistas se consolidaría entonces, mas no como legitimación revolucionaria, sino al servicio y en apoyo de una monarquía que ya experimentaban una ansiedad de legitimaciones complementarias a las tradicionales de derecho divino y dinástico. «Hablamos de un modelo de ciudadano basado en los deberes, no en los derechos; una concepción que podríamos llamar “romana” (sacrificio en nombre de la utilidad pública) y no “griega” (autogobierno o participación política)» (p. 15). Calvo Maturana no explora esa vía, pero cabe señalar que tal caracterización estaría cerca —excepto en la centralidad de la lealtad monárquica y la ausencia de exaltación de la libertad y la lucha contra la tiranía— con lo que otros denominan «republicanismo clásico» (véase la reciente monografía de José A. Valero, *Contagio sublime. Manuel José Quintana y el republicanismo clásico*, Madrid, Ediciones del Orto – Universidad de Minnesota, 2013). La oposición entre el absolutismo estricto y esta nueva versión en que el monarca absoluto ya se identifica estrechamente con la patria, haría juego con la que se puede observar entre el republicanismo basado en los deberes patrióticos y el futuro liberalismo centrado en los derechos individuales; e incluso podría añadirse también en el plano cultural el contraste entre el neoclasicismo estricto y ese neoclasicismo heterodoxo o evolucionado (a menudo mal llamado prerromanticismo) que se difunde en ese mismo periodo. Todo ello permitiría avanzar hacia una necesaria caracterización autónoma y diferenciada de ese periodo, que haga más comprensible el corte provocado por la revolución liberal y la guerra contra los franceses. El estudio de Calvo Maturana puede ser, si se mira desde ese punto de vista, un productivo refuerzo para otra serie de trabajos que en los últimos tiempos van definiendo una faz propia y mucho más precisa al reinado de Carlos IV y a su rica producción cultural y literaria, a pesar de guerras, crisis y convulsiones cortesanas.

Tal es el planteamiento que pretende recogerse en el título de la monografía, al que, sin embargo, yo le pondría algún reparo.¹ Mucho me temo que Jovellanos y los otros protagonistas de este libro no sabían que fuesen «preliberales». Confieso mi reluctancia al marbete «España preliberal», y en general a cualquier otro «pre» de los que tanto nos han prodigado la pereza y el espíritu de sistema. Querer ver «preliberalismo» en lo que este libro cuenta supone forzar sus conclusiones, leer retrospectivamente los acontecimientos

¹ No merece más que una nota la elección de la frase de Jovellanos «cuando manden los que obedecen». Pertenece a un texto de 1795 en que muestra su contento por la marcha del Seminario de Salamanca y su esperanza «de que mejoren los estudios» cuando la nueva generación así educada suplante a quienes ahora ocupan el mando; es decir, muestra la férrea confianza de los ilustrados en el poder de los cambios tranquilos confiados a la mejora sucesiva y el paso del tiempo. Como se apresura a explicar Calvo en su primera página, «el deseo de que llegasen a mandar los que entonces obedecían no tiene por qué tener una connotación revolucionaria» (p. 11). Ahora bien, tal idea revolucionaria es lo primero que se viene a la mente al leer el título y una fórmula que se presta a ambigüedad y requiere exégesis es desaconsejable para encabezar una monografía tan rigurosa. Sobre todo, porque la dialéctica entre cambio progresivo y ruptura revolucionaria bien puede considerarse un eje claro de diferencia entre el periodo que se pretende explicar y el inmediatamente posterior.

a partir de sus consecuencias y desarrollos, y otorgarles por tanto a estos un sentido determinista que creo que distan de tener. El autor se justifica por la necesidad de revitalizar el reinado de Carlos IV como algo más que «un epígono de la Ilustración» (p. 12) y entenderlo también desde el otro margen, el de la España contemporánea, cuyo parto fue asistido por gentes formadas y maduras en el aparato tardío del Antiguo Régimen. «La intención de este libro es situar a la élite borbónica de 1780 a 1808 como el gran nexo político e intelectual con aquel convulso panorama de absolutistas, liberales, afrancesados, patriotas, persas, carlistas e isabelinos de las décadas posteriores al Motín de Aranjuez» (p. 13). Calvo parece muy marcado por el deseo de atraer la atención de los historiadores contemporaneístas hacia ese periodo; quizá yo, que lo miro desde la historia literaria, no soy sensible a eso y sí a la importancia de abordar el XVIII —también en su tramo final— sin buscar pretextos para «salvarlo» del poco prestigio de que tradicionalmente ha gozado frente a las centurias anterior y posterior, mediante el estiramiento hacia adelante o hacia atrás de conceptos historiográficamente más celebrados.² Cada periodo merecería ser explicado por su misma naturaleza y recibir su nombre propio. Lo contrario es como llamar «España predemocrática» al franquismo, como si un sistema contuviera idealmente el otro en germen. Y este libro es mucho más matizado en sus conclusiones y argumentos sobre el tejido de continuidades y discontinuidades alrededor de 1808, como para hacerlo depender del invasivo y obsesivo concepto de «primer liberalismo español».

Veamos ahora cómo se desarrolla ese planteamiento. El capítulo 1 explora la idea de servicio al rey por sus empleados, que según la lógica absolutista se lo deben todo y solo ejercen su autoridad por delegación. La ética política así generada irradia de la gratitud por haber sido graciosamente escogido, único título —removible— para ejercer funciones públicas. «Una vez obtenida la gracia real, el afortunado entraba en una casta distinta» (p. 28), llena de privilegios, distinciones y prerrogativas honrosas. La fe en una monarquía fuerte, capaz de imponerse a cualquier otro cuerpo o autoridad particular, es el centro de los afanes de esa élite y a ella se fían los deseos de reforma y progreso de los ilustrados. Pero también conllevaba sufrir sus veleidades e ingratitudes, y destierros y exoneraciones tan gratificables como los nombramientos. Dentro de ese grupo, Calvo Maturana destaca a los «intelectuales orgánicos», con un muy certero análisis de la posición que ocupan en ese sistema los hombres de letras. Luego habla de los «pequeños administradores», una categoría mucho menos elitista que integran los más de cuarenta mil empleos locales o regionales. En este punto se ciñe sobre todo a escritos de carácter didáctico, jurídico o programático (*El corregidor perfecto* de Guardiola y Sáez, varias obras de Foronda, el *Prontuario* de Francisco Gallardo González, la obra teatral *La virtud en la indigencia* y el *Examen de los delitos de infidelidad a la patria* de Reinoso). Esta última obra da pie a considerar la estrecha relación entre servicio público y afrancesamiento en 1808. Las exculpaciones de Reinoso incidían sobre la obligación inherente de los empleados de permanecer en sus puestos para evitar el caos. Calvo quiere ver en ese argumento la decantación del mensaje de que habían desarrollado «una deontología propia» que se vinculaba ya a «la fidelidad a la patria» (p. 78).

² En la misma línea, el autor debería evitar clichés tan prejuiciados como afirmar que «a muchas publicaciones del Dieciocho español, tanto literarias como científicas, les falta el alma del autor» (p. 47), asociando ese rasgo al dirigismo cultural borbónico y a los contenidos didácticos y morales, frente a la «intención de divertirse» del lector. La idea —romántica, a pesar de que se haga pasar por una especie de verdad universal— de que el placer y la calidad de la literatura derivan del grado de «alma» autorial que contengan son criterios anacrónicos y puramente impresionistas que no explican nada e impiden entender el funcionamiento interno de la literatura del XVIII, al margen de logros objetivos o gustos subjetivos.

El capítulo II estudia precisamente ese servicio público, ya no en relación con el monarca, sino con la patria, que es el concepto emergente. Calvo Maturana se remite aquí al debate de la identidad nacional antes de 1808, otro de los temas obsesivamente discutidos en los últimos tiempos. Sitúa la sustitución del paradigma vertical del vasallaje por el horizontal de la ciudadanía a lo largo de la segunda mitad del XVIII, como enlace entre la monarquía compuesta de los Austrias y el Estado-nación del liberalismo. Conceptualmente, el autor se ubica a medio camino entre quienes sostienen que la nación es un constructo contemporáneo y quienes retrasan sus raíces a remotos pasados, aceptando que en el XVIII hay una perceptible identidad española, no excluyente de otras, en las élites. Hace un recorrido por las ideas de patria y nación en Feijoo, Cadalso, Forner, Porlier, el duque de Híjar, Meléndez Valdés, el marqués de Rubí y los afrancesados. El siguiente epígrafe, «Las obligaciones del ciudadano y la verdadera nobleza», versa sobre las críticas a la aristocracia ociosa e improductiva, que le oponen la figura del ciudadano virtuoso y útil a la sociedad, digno por ello de ennoblecimiento.

Más extensa es la sección «Los héroes de la patria» (pp. 112-135), una de las mejores y más sustanciosas. Calvo Maturana analiza el modo como se abre paso, antes del Romanticismo y siguiendo en parte patrones de la antigüedad, un perfil cívico del heroísmo y la virtud reconocibles por la sociedad: «las letras y el servicio en la administración, ya no solo las armas, podían abrir las puertas de entrada a la inmortalidad» (p. 113), como testimonian los homenajes, biografías y discursos fúnebres que proliferan en un auténtico «fenómeno de publicación de elogios a héroes civiles» (p. 119) y retroalimentan la campaña en pro del nuevo modelo de ciudadano ejemplar impulsado desde la corona. Maneja textos teóricos publicados en prensa, escritos de Cadalso, Vicente González Arnao, Forner, Campomanes, el duque de Híjar, Porlier, Meléndez Valdés, J. L. Villanueva, Cabarrús, el marqués de Almenara y un buen número de escritos en el marco de Sociedades Económicas y Academias. El estudio de la conversión en héroe de Gravina es particularmente extenso y significativo. Así se espiga un «elogio tipo del héroe civil en 1800» que registra cambios no solo en el tipo de héroe, sino en el lenguaje y los motivos escogidos para celebrarlos.

Un apartado específico sobre «Las mujeres y el bien público» (pp. 136-146) presenta los moderados avances del papel literario y social de las mujeres desde una perspectiva restrictiva, pues a su juicio solo se abre un espacio de «relativa ciudadanía» (p. 143). Calvo compara la Junta de Damas de la Matritense con una «especie, salvando las distancias, de *Sección Femenina* a pequeña escala» (p. 143). De un lado, se refuerza la condena a los «vicios femeninos» (frivolidad, lujo, vanidad, ignorancia, superstición, renuencia a la Ilustración...), mientras que de otro se promociona un cierto nivel de educación y participación pública, subalterno y encogido por la exigencia de humildad, nunca pleno o autónomo. Como ejemplo toma el elogio escrito por la condesa del Montijo de la marquesa de Valdeolmos en 1797. Concluye que el liberalismo decimonónico supuso un retroceso respecto a esa situación, con un veto más estricto del espacio público a las mujeres. No obstante, esas lecturas meramente lineales en términos de avances y retrocesos se me antojan engañosas. El papel femenino parece más activo en ciertos momentos del XVIII que a principios del XIX porque el juego de la opinión pública se desarrolla aún en círculos de sociabilidad y espacios domésticos informales, a los que las mujeres tenían acceso natural según las costumbres. El avance hacia una opinión pública y una ciudadanía formales, centradas en sistemas de representación política institucional y debate público abierto, aleja el centro de decisión de las mujeres, pero no por retroceso de estas, sino por un avance más acelerado de la sociedad al que ellas, en ese momento, no estaban invitadas a seguirla. Quizá es que las mujeres nunca habían estado *en* los centros de influencia, sino *junto* a ellos, que no es lo mismo.

El último apartado se refiere a «La consagración del rey patriota», es decir, a la mutación del modelo de monarca a que obliga la nueva preeminencia de la ciudadanía y el patriotismo. Se insiste ahí en la desacralización de la corona y la construcción de una imagen amable, paternal y cercana del rey. La unión de las nociones de rey y patria, en provecho de la segunda, es la línea de varios elogios dedicados a Carlos III y Carlos IV que «podrían pensarse que formaban parte de la propaganda de un monarca constitucional del siglo XIX» (p. 152). Son obras de Barberi, Campomanes, Jovellanos, Antonio Navarro, fray Joaquín de Avendaño, Viera y Clavijo, Gatell, Ramón María Zuazo...

El capítulo III reza «La identidad de una clase política e intelectual» y ocupa su primera sección en «Carrera o clientela: el culto al mérito», destacando cómo la experiencia y el mérito nunca habían sido tan exaltados en los servidores del Estado más de lo que empezaron a serlo a fines del XVIII. Hay una creciente conciencia de que hay que superar el clientelismo como mecanismo de promoción. Calvo estudia los cambios en la carrera de los empleados en favor de una mayor profesionalización y meritocracia. El cambio es significativo en el terreno de los discursos, no en el de las prácticas reales, como documenta extensamente el autor, pero aun así eso es significativo y relevante. Cada vez las promociones por amistad o clientela son más vergonzantes y se tratan de ocultar, cosa que antes no ocurría. Habla también de la desmesurada concurrencia de pretendientes en la corte y en la necesidad para todos de adular al poder para medrar. Este epígrafe es excelente y concluye con que «una vez más, nos quedamos antes con el nacimiento y la expansión de una idea (el culto al mérito) que con la realidad de su aplicación» (p. 188).

«De la covachuela al Parlamento: la autoconciencia del hombre de Estado» explora el proceso por el que los administradores encumbrados por el aparato borbónico en las secretarías incrementan la dignificación e identidad de grupo que acabarán por convertirlos en la «categoría de hombres de Estado y futuros políticos» (p. 190). Del mismo modo, se advierte la sustitución de los leguleyos que habían dominado durante décadas (los golillas) por magistrados de perfil más político. Calvo Maturana resalta que esos cambios caminan hacia un funcionamiento del poder sostenido en lealtades ideológicas y personales parecidas a las que luego constituirán los partidos políticos. La gran inestabilidad del gobierno de Carlos IV no obedecería a capricho, corrupción clientelar o descomposición, sino a giros políticos casi siempre malogrados. Los lazos del clientelismo ya no explican buena parte de esos movimientos y lealtades, aunque no por ello desaparecen.

El siguiente bloque trata de la opinión pública, un concepto escurridizo pero clave, al que Calvo considera «uno de los pasos fundamentales para que la clase política e intelectual tomase conciencia de sí misma y para que —a la postre— alcanzase el poder» (p. 211). Se adscribe, con buen criterio, a una idea restrictiva del concepto, que lo asocia a condiciones institucionales que se dan solo en la Edad Contemporánea, limitando el XVIII a ese respecto a ser «sin lugar a dudas la “prehistoria” de la opinión pública, también en España» (p. 212). Presenta los intentos del gobierno por conocer y controlar la opinión del pueblo mediante censura, espías, delaciones anónimas..., para detectar el incremento de la importancia otorgada a lo que la gente decía y opinaba en las concurrencias públicas, señal de un cambio en los equilibrios del poder. Eso se pondrá de relieve en cuanto rodeó a la crisis de El Escorial en 1807, donde la estrategia de ganarse a la opinión pública ya es vital tanto para Carlos IV como para el príncipe Fernando.

El último apartado está dedicado a «Amistad, esplín y conciencia de grupo». Uno de los cimientos evidentes de las élites ilustradas va a ser la relación personal, el culto a la amistad, que rompía con los vínculos verticales que habían marcado el clientelismo y el estamentalismo del Antiguo Régimen. La parte dedicada por este apartado digamos que «sentimental» a la amistad está muy lograda, con una excelente batería de testimonios

literarios y autobiográficos; menos conseguida están las páginas que se emplean en el reverso de ese sentimiento, el *esplín*, donde el autor agavilla un manojo de angustias, frustraciones y fastidio de muy distinto pelaje. No conviene abarcar tanto de una sola vez y la rabia provocada por la censura o la frustración del exilio no son *spleen*, o eso creo.

Al contrario de lo que es usual entre los historiadores españoles, este es un libro muy conceptual, de historia de las ideas, por lo que versa acerca de discursos y representaciones, mucho más que de hechos. Por ello, la elección de sus fuentes es clave, pues no constituyen mera documentación, sino la propia materia objeto de estudio. En ese sentido, destaco como notable mérito el abundante aparato de fuentes primarias, en su inmensa mayoría obras impresas, pero también materiales de archivo. Cada capítulo y sección espiga un nutrido abanico de testimonios ajustados a su propósito específico, de amplio registro, que reunidos en la bibliografía primaria dan un monto de 181 entradas; y, lo que es más importante, todas parecen haber sido efectivamente manejadas y usadas con provecho. Por supuesto, cualquier especialista del periodo echará en falta tal o cual pieza, pero la cantidad y calidad de lo manejado es más que suficiente para sustentar las conclusiones y los hilos argumentativos, que es de lo que se trata.

El material básico lo constituyen los ensayos, tratados y manuales en que se contiene el cauce principal de la reflexión pública sobre el papel de las elites administrativas y literarias, tanto originales como traducidos. Pero hay muchas otras vías más inteligentes e indirectas de acechar los asuntos. Destaca en particular, sobre todo por tratarse de un historiador, el frecuente e inteligente uso de las obras literarias de toda clase, desde los ensayos de Feijoo o Cadalso, hasta las odas de Meléndez Valdés, las fábulas de Samaniego, etc. Muy original es el empleo de determinados géneros «menores», como la poesía laudatoria y de circunstancias (p. 31 por ejemplo), o los discursos protocolarios y los elogios fúnebres, modalidades que suelen quedar oscurecidas en la historia literaria y despachadas como de mera fórmula, pero que por ello mismo son magníficas minas en las que escarbar elementos ideológicos representativos de la escala de valores coetánea. Es de valorar también el recurso a la prensa, sobre todo a *El Censor* y, lo que es más novedoso, a un gran número de artículos del *Regañón General*.

Como es lógico, abundan mucho los epistolarios y otro tipo de textos personales: se manejan con profusión las memorias de José Nicolás de Azara, Godoy, García de León Pizarro, las *Letters from Spain* de Blanco White. Sorprende, sin embargo, que no se incluyan algunos textos autobiográficos clave de personajes relevantes como los *Decenios* de Francisco de Saavedra, las *Noticias privadas* de José Antonio de Armona o la *Vida* de Antonio Porlier. Esta última laguna es llamativa, porque Calvo Maturana hace continuo uso de los discursos impresos por el marqués de Bajamar en su condición de presidente del Consejo de Indias para recordar los deberes de la institución («son de gran utilidad para conocer el mensaje que la Corona quería hacer llegar a los que trabajaban para ella, o al menos la imagen que aquellos hombres [...] habían adquirido de sí mismos y de su labor», p. 96). La versión complementaria que Porlier fabricó en privado de esa imagen para dejarla a sus hijos hubiera sido también útil a tal fin, igual que los otros escritos citados y algunos más tardíos y periféricos como las memorias de Juan Antonio Posse o el *Bosquejillo* de Mor de Fuentes, y las otras obras de Blanco White. A lo mejor me pierdo aquí una parcialidad evidente por ese género, pero estimo que permite aproximarse de forma directa a la autoconciencia de los hombres de Estado y de letras como servidores públicos, a la interiorización de sus carreras y mecanismos de promoción. En muchos sentidos esas autobiografías resultarían más fiables que las *Memorias* de García de León Pizarro, quizá la pieza a la que Calvo recurre con mayor frecuencia, porque suele engolosinar al investigador con buenas citas e infinitos chismes y maledicencias: pocas veces dice

algo bueno de nadie si no es de sí propio. Esas citas suponen el contradiscurso perfecto del que se halla en los solemnes escritos públicos y las dedicatorias aduladoras, siempre beatíficas y conformistas. El autor, en cualquier caso, se mueve con extraordinario tino entre ese maremágnum de discursos interesados, para extraer de entre tanto exabrupto rencoroso y halago melifluido lo que realmente posee interés para definir categorías humanas e ideológicas, sin dejarse engañar por la superficie de las fuentes, usando los insultos y las lisonjas, más allá de la verdad o mentira que encubran, para comprender qué consistía motivo de insulto o de lisonja, y de ahí percibir los sutiles cambios de paradigma que su monografía rastrea con perspicacia.

Respecto a la bibliografía secundaria, que se puede estirar o contraer tanto como cualquiera desee, solo cabe decir que en pocos casos sería tan apropiado emplear el tópico de «erudición bien digerida». Calvo Maturana maneja con destreza las fuentes y las lleva siempre a su terreno. Tiende igualmente a tomar partidos medios en los aspectos en que las corrientes historiográficas están enfrentadas por tesis opuestas, no escamoteándose de fijar sus propios criterios en cada caso. Esto es un mérito particularmente reseñable porque en sus detalles concretos esta monografía no ofrece grandes novedades, ni destapa aspectos no sabidos o no tratados en otros estudios anteriores, pero en cambio la síntesis, la interpretación y el sentido que se otorga al conjunto sí es sumamente original y valioso. No hay ninguna otra obra que cubra ese hueco. Sumemos a eso la excelente escritura, de corte ensayístico y bien dimensionada, y no será difícil suponer que se ha de convertir en una monografía de referencia y lectura obligada, que hace mucho más comprensible la ruptura de 1808 precisamente mostrando lo que no tiene de ruptura, sino enmarcándola en un proceso cuyos eslabones encadena con gran clarividencia.

El último mérito que quiero destacar de este magnífico libro es su ecuanimidad. Quienes estamos acostumbrados a trabajar sobre esos años y esos individuos creo que apreciaremos bien que el autor no haya querido imponer una visión unívoca, ni dejarse llevar por simplificaciones. Como todas las épocas, fue un periodo de honradez y mezquindad, de esperanzas y frustraciones. Entre el optimismo de Jovellanos en su *cuando manden los que obedecen* y el hosco pragmatismo irritado de José de Gálvez cuando hace votos por que se mueran los avestruces que Carlos III quería hacer traer de América y *nos ahorremos el trabajo*, se mueven las cuitas de aquellas generaciones de políticos, literatos, leguleyos y covachuelistas. Calvo Maturana ha escogido el lado más utópico y esperanzado para dar título al libro, pero este es una certera revisión de toda la gama de sueños y pesadillas que definen el momento, sin caer en la tentación ni de idealizar, ni de juzgar, ni de ridiculizar, ni de condenar, es decir, de quitar realismo a una realidad compleja. Que alguien sea ambicioso o adulador no quiere decir que sus ideas no sean sinceras o que no pueda anhelar algo mejor para su país. Ni todos los ilustrados eran idealistas, ni todos eran unos trepas; hacían lo que podían, como nosotros, como siempre. Calvo Maturana se mueve bien en ese laberinto de pasiones para extraer, sin juicios precipitados, un retrato de grupo que transmite toda la solidez y la fragilidad de la verdad.

Fernando DURÁN LÓPEZ